

VIAJE A TOKKIO

Fernando Guerrero Florez*
2015-2016

[...] y bueno, llegar a Quito, un Tokkio de doble faz –como diría una amiga–, una suerte de guirnalda que pende en medio de blancos caminos de nieve y zigzagueantes picos de montañas que dibujan y desdibujan los nuevos –y otros– andes por escribir.
–diarios–

La sombra en la ventana; o detrás de la ventana y lo que no veo; el leve reflejo de lo incomprendible; la idea extraña de escribir detrás de una ventana; el camino invisible entre la transparencia de los reflejos; el vuelco de la noche en las calles deshabitadas; el sonido de los autos en las avenidas; el canto desconocido de un blusero nocturno; la noche que no deja de sorprendernos; el día que no deja de abrazarnos; los olores que van haciendo sinestesias en el sentido del ver; lo visible que en la ventana desaparece; la casa blanca y de techo en tierra que abdica sus olvidos; la leve estigmatización de escribir sin ánimos de titular de prensa; la animatología desarmada y desarmable del camino en la noche; los fantasmas de la noche desprendiéndose del filo de estas letras; la fantasmografía del ver; la visión fantasmática del aparecer; la fenomenología extática de lo incontenible; los susurros y los elementos convexos del habla; las hablas sin principios elementales; la locura de escribir; la escritura que desdobra los avatares de la locura; tu rostro y tus ausencias; el caminar de un perro sin dueño; el duelo de sentir la pérdida del ser amado; el amar sin pérdida; la ciudad y sus volcanes a punto de estallar; el estallido de la presencia; la paranoica sensación de no estar paranoico; el complejo mundo de los vocablos que ya no pretenden conjugar formas lexicales; los silencios; la estrepitosa caída del sentido en un vaso de agua; el niño de la calle y la calle del niño; los territorios; las corporalidades; las ausencias del habla; las palabras que hubiera querido decirte y nunca te dije; los libros que quiero dejar de leer; los rostros que quiero empezar a leer; la magia y el juego de las ciencias; las calles que no habito; las palabras que no habito; las miradas que escapan a

su invasión de sombra; el sonido de la mar; la mar en el silencio de las conchas; los universos sutiles y encantadores de una niña de cuatro años; la cicatriz de una infancia que ya no escribe; la pérdida de la voluntad en el susurro de los cuerpos; las sábanas que gritan en mitad de un medio día; los fantasmas, los miedos, las esperanzas, las historias que nunca acabaré de contar; los simples artilugios que derivan en ilusiones poéticas; la falsa ilusión poética; el desencanto de los poetas por su inoperante complicidad con la metáfora inerte; el licor y sus vías órficas; la corporalidad de los trasgos danzando entre noches aquelarres; el infinito mar del aleph; el desierto de Yukel; la silenciosa ceniza de Celan; los arrebatos juveniles de escribir a media noche con tinturas de medio día; la complejidad órfica de los hijos de la noche; la noche sin bastardos; la noche con bastardos; el reloj suspendido en una fría estación de invierno; el invierno de los rostros que ya no escriben cuanto abdican; las calles sin dirección; los instantes de emancipación; la riqueza de estar vacío de capitales humanos; los signos que ya no quiero usar; este punto y coma tan azarosos; esta letra tan incontenible; este grito; esta paciencia de no gritar; este cuerpo que es otros cuerpos; esta mirada sin destino de visión para escarbar en la memoria de los sin destino; tu rostro, tus ojos, tu distancia; la casa abandonada; el cuerpo de un dibujo suspendido en lo incontenible de la traza; esta página en blanco; esa página en blanco; cualquier página en blanco, y; una sola palabra que trate de esquivar estos devaneos de la memoria en los cuales busco con paciencia y acoirazado intelecto los subterfugios que van llevando los nombres de tu nombre.

* Estudiante de la Maestría en Estudios de la Cultura, con mención en Literatura Hispanoamericana; Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Nariño. <messagerit@hotmail.com>.

Alguien camina en la calle, desanda los hilos de un día que se teje entre paso y paso, regresa sin importarle si va hacia atrás o si vuelca el tiempo para ir a otros lados. La aterradora seguridad de sentirse seguro de no estar en ningún lado. Vasto aparataje de creación y musicalidad que entorpece las ganas de ya no querer caminar entre arrabales y barrios enfurecidos por la sonoridad del instante.

La noche silba...(Gotan proyect)...la ciudad se ha llenado de niebla, ya no veo los cerros de enfrente, solo pasos de un eco histórico que va subiendo por entre estas paredes; las ventanas quisieran comunicar algo, dejar abrir ese estrepitoso y hospitalario caos de ciudad, pero no, la ventana es filo, umbral, casa segura y un poco de estupor y vergüenza heroica, puesto que en ella, se aísla el mundo y retorna la falsa seguridad de estar en casa.

Tokio es un extenso mural del puntillismo, cada una de sus calles, trazada con sutil demencia, escala horizontes inauditos donde la presencia estalla. No hablan mucho sus tenderos, no disimulan el deseo de moneda y cambio simbólico, no se sonrojan al extraer todas las monedas del turista que habita estas nuevas calles. Es un modo de sobrevivir –decía un amigo sobreviviente a estos resquicios urbanos–, sin embargo, pendemos del mismo hilo, salvo que en territorios que aparentan nacionalidades y extranjerías cuyo blindaje lo da el tono y acento con el que preguntas. Somos muchos, somos pocos, somos extremos, y a la vez, lugares de reconciliación entre la fragilidad del sentido y lo inasible de la fragilidad del sin sentido. Aquí, allá, rodeados de todo y de nada, vistos en demasía y en ocasiones invisibles ante la ceguera del cambio simbólico. No es fácil transitar entre mundos ajenos a los propios, más difícil aún, es decir que algo es propio...

Echoes (Pink Floyd) Liu tenía el extraño gusto por degustar todo tipo de cigarrillos: largos, anchos, verdes, negros, con tabaco árabe, con tabaco cubano, con finas especias de la India, extra large, light, kool, suaves, con filtro, sin filtro, nacionales, exportados, y en la amplia variedad de sensaciones y dislocaciones de sentido posible. Le habíamos colocado un nombre: "saudade" quizás en apología a un poema incomprensible de Pessoa, o por una de las canciones de Arnet Bruseiros, quien en 1978 había cantado ebrio en un bar de Río, y se había

ganado el aprecio de Chico y Rita en medio de una balacera inolvidable.

(La ciudad empieza a revelar sus montañas tras la neblina) el humo de un pigger blue –cigarrillo importado a Tokio– dibujaba formas casi indefinibles entre la sonoridad de Floyd y las márgenes de la neblina citadina. Liu miraba hacia el fondo de la habitación, no buscaba su ropa ni mucho menos que le mirase, solo quería estar sentada, dibujando formas efímeras en el aire, mirando el cielo mientras un avión rayaba la láctea vía de sensaciones que se acumulaban en esta habitación. Unir el tiempo con la distancia y a esto sumarle lo invisible del pensamiento, vaya tradición de los escribas que prenden fuego a la hoguera de los vocablos.

Es la noche. Tras la ventana, tu cuerpo, el cabello negro y ondulado en donde penden miles de recuerdos transitando el olvido de las manos. Es la manera sutil de desaparecer entre los pequeños y luminosos destellos de los focos que quedan en el fondo de esta calle, de esas casas, de aquellos rincones en los cuales vamos encontrando las miserias del tiempo y sus olvidos.

Es el instante de saturar el sentido y quedarse prendado de un pequeño canto de Chet Bakker o Billy Holliday. Tú sabes cuál es el miedo entre la piel y el gusto, tú sabes cómo disipar las ganas humanas de sentirse animalidad y tacto incontrolable en la cresta del olvido.

Tránsito nocturno entre calles y avenidas cuya luz de las farolas solo dejan ver el antiguo ardor de los labios. Ahí, suspendido entre dos constelaciones de vocablos, sumergido en el incontrolable mar de nombres y significados dados a cada cosa que rodea esta habitación; me transformo en el ser lejano que antaño dibujaba con tu sombra universos entre las sábanas. Soy tan lejano de los sentimientos y abdicaciones que penden en la memoria, y a la vez, tan cercano de estas cosas que penden en el olvido de la memoria. Busco una geografía en la desmesura de sus territorios, un cuerpo que escriba el silencio de esta noche, un vocablo, una mano en la espalda, un arpón que saque del fondo del mar pequeños o gigantescos pensamientos que puedan acercarme a tu tacto. Es tan difi-

cil escribir en la lejanía, es tan extraño mirar por la ventana y sentir en un cuarto piso que todo puede desvanecerse de un salto. Afuera, la luna y el cielo al revés, el mundo y sus volcanes, la calles que solo descifran un poco de soledad entre los huesos.

Avanza la noche... lejos, entre la yema de los dedos, se va diluyendo el último de los alfabetos que iba pronunciando el ardor de tu cuerpo:

Llama/escritura/contagio/ausencia.

En las calles, transito entre dos mundos –quién sabe si serán más– desconozco los rostros que vuelcan el tiempo y la distancia; hundimiento de esta carga de sentidos en la intermitencia del escribir. No podría decir que estas letras resurjan con la intimidad de lo visto, ni tampoco que humedezcan el tacto con la fragilidad de lo vivido. He olvidado la sutil alquimia del desaparecer; ahora, solo un rostro entre muchos, una cúpula extática donde van cayendo las amalgamas del sueño.

Cómo escribir sin saberlo. Ella escribe que no sabe lo que sabe. Se deja ir en la hora de la estrella y vuelve con el báculo faraónico donde se diseminan las huellas de su escritura a destiempo.

Suave el viento, deja estelas en la memoria / borra cicatrices del agua de los sueños / extirpa el cuerpo de su región de sombras.

Ella viene entre la niebla /escribir es solo llamarla por los nombres de su cuerpo en la noche / justo cuando el viento mece suave las estelas de la memoria.

Escribo cerca de la media noche... perdiendo el cuerpo, extraviando los sentidos en lo invisible... dejando que un vocablo traiga sonidos incontenibles entre las manos...

Creo que la fotografía es el arte de agotar los sentidos posibles en el cuerpo, para dejar en el tacto,

incontenibles sensaciones, donde las imágenes quedan suspendidas en el infinito.

Encuentro en el cine el gusto exquisito de confrontar los fantasmas de la memoria...

Temblor del mundo. El tacto. Inasible, la mirada que regresa en el ardor de la yema de los dedos. Oscuro, el juego de vocablos para acercar tu lejanía. Erótico, el calor de tus labios. Misterioso, el aliento que cubre cada una de las heridas de tu rostro. Todas estas líneas reclaman un poco la extranjera. De lejos, se ve más cercana la inmensidad de lo incierto; de cerca, es tan frágil el corazón que se prende de lo que ha llegado a acogerle. Temerosos de las pasiones, ocultos de los destinos, miserables ante las decisiones, nos vamos alejando, poco a poco, de esta frágil manera de vernos. Vos me dices que tengo en la mirada un secreto desvarío que te acerca cada vez más al deseo de salir de esta casa. Quedas en mis ojos, dilatas estas hojas, extiendes el negror de estas líneas, traficas sombríos escarmientos en los cuales quisiera recogerte, pero no, no tengo nada que decir; a lo sumo, estas líneas buscan un poco de mi ignorancia pretérita; a lo sumo, estoy escribiendo mientras suena el ruido de esta chaqueta que corta mi deseo de escribir sin interrupciones. Todas las cosas tienen un sonido casi imperceptible por el cual vamos escuchando los vocablos que susurran a nuestros oídos las cosas. Sí, las cosas nos hablan, las cosas nos ven, las cosas nos reclaman a su nacimiento. Pero tú, lejana, cercana, sin nombre, sin edad, sin sexo, y a la vez, genérica y fluctuante, me llevas a buscar otros modos de escribirte, de tocarte, de nombrarte, de hacer alquimias mientras el oro de los días va esparciéndose en tu vientre.

Recorro entre estas líneas el porvenir que llega con la fragilidad de un espejo cóncavo.

Miro el fondo, las cosas se han resignado a ser solo cosas, tu nombre –impronunciable secreto de los nacimientos– vuelve cabalgando la estepa de la cual han venido estos incontenibles vocablos; es ya la media noche y, en esta casa, las palabras traen el oro de los días.